

Leonardo Mendoza Rivero (Caracas, 1987). Licenciado en Filosofía egresado de la Universidad Central de Venezuela. Maestrante del programa en Literatura Latinoamericana de la Universidad Simón Bolívar. Aprobó con éxito el Diplomado en Edición de la Escuela de Letras de la UCV en conjunto con CAVELIBRO. Profesor del Taller de Escritura Creativa de la Escuela de Letras de la Universidad Católica Andrés Bello. Corrector de estilo en la editorial abediciones. Ganador de la VII Edición del Premio de Cuentos Santiago Anzola Omaña y mención especial del Premio de Cuento Julio Garmendia, en sus ediciones XV y XVII, correspondientes al año 2021 y 2023. Su primer volumen de relatos, *Amores rotos*, sale publicado a finales del 2023.

*Aquinos*¹

Mi nombre es Luis Vargas y esto es un ejercicio biográfico. También es una crónica de la tristeza, un frío corriendo por la espalda, una historia que nadie o casi nadie conoce y que involucra la figura de Facundo Aquinos, el gran ideólogo de la supuesta generación de escritores que estaban destinados a cambiar el rumbo de las letras latinoamericanas.

Nacido en la árida comuna de Copiapó, en el norte chico de Chile, llegó a Venezuela a mediados de 1974 luego de haber deambulado durante unos meses en la capital mexicana tras el golpe a Allende. Ya en Caracas, en la «davosiana Caracas de sus pesadillas», como solía decir, rápidamente se instaló en una pensión de estudiantes cerca de la iglesia San Pedro, lugar donde viviría por casi veinte años.

Aquinos trabajó como corrector de textos en la Biblioteca Ayacucho gracias a lo que llamó «su contradictoria amistad» con Ángel Rama, pero una serie de desencuentros con el crítico uruguayo lo hizo abandonar ese proyecto. Semanas más tarde, ocupó el mismo rol en la editorial Monte Ávila. Allí conoció a los autores venezolanos más relevantes del momento, quienes le tuvieron en alta estima a pesar de las quejas que generaba su método de trabajo. Salvador Garmendia, por ejemplo, lo acusó de querer *chilenizar* su prosa en una de las reediciones de *Memoria de Alta gracia*, y Adriano González León, en un conversatorio organizado en su Valera natal, le increpó —con voz espesa— de la siguiente manera: «Mi estimado Facundo: corrige. Si quieres escribir, también puedes hacerlo».

Si al caso vamos, Aquinos tuvo muchísimos encontronazos con la llamada Santísima Trinidad del teatro venezolano: Isaac Chocrón, José Ignacio Cabrujas y Román Chalbaud. Con ellos la relación era nula, en parte porque el corrector no soportaba «los abusos del *slang*» en sus obras teatrales. «Piolos sin onda», llegó a escribir en su diario, en una entrada datada en 1979. O también, en uno de sus escasos —y desatinados— ejercicios críticos, fechado en 1981: «¿Se habrán leído entre ellos, las tres C? Si lo han hecho no se han cachao. Uno es cuico, otro perna y el último un gil». Ya en la década de los ochenta, Aquinos se involucró en la gestación de varias editoriales, como Troya, Pequeña Venecia y Mucuglifo, proyectos que fueron muy importantes en los noventa, y que abandonó por falta de tiempo. El llamado «viernes negro» no fue una sorpresa para él y durante la furia del Caracazo se encerró en su cuarto de la pensión de

¹ Relato merecedor de una mención especial en la XVII Edición del Premio de Cuento Julio Garmendia para Jóvenes Autores, en 2023.

estudiantes durante dos días, comiendo solo galletas de soda, convencido de que en cualquier momento el gobierno de Carlos Andrés Pérez iba a ordenar el bombardeo sobre la masa rebelde que saqueaba la ciudad. En enero de 1992 regresó a su patria, Chile, luego de la endeble transición a la democracia de ese país, librándose de un nuevo naufragio en sus traumas a causa de las intenciones golpistas, obra de un grupo de militares —«la mayoría enjutos», me dijo— ese año.

Aquinos vuelve a Venezuela tras la destitución de Pérez, en 1993, después de que su primera novela fuese rechazada por varias editoriales en su país. Paradójicamente, la constante de esas negativas adujeron al hecho de que, en su escritura, eran perceptibles algunos modismos impropios del idiolecto chileno. Los siguientes años, por decisión personal, los va a vivir en una honda modestia. Primero, en una habitación que alquiló en la calle Maury de Catia, en un caserón de arquitectura similar a la mudéjar, gracias a la recomendación de una antigua compañera de trabajo, y quizás su única amiga, Eva Colmenares. Allí conoció a un joven Juan Carlos Méndez Guédez, ahijado de la propietaria, quien estaba a punto de publicar su primer libro de cuentos en el sello Waraira Repano. Ya después, en el apartamento que compró gracias a las secuelas de la crisis financiera de 1994, en la que muchos quedaron prácticamente en la ruina. Ciertamente, a pesar de que jamás se identificó con las políticas norteamericanas, sí que lo hizo con el dólar, moneda en la que refugió todos y cada uno de sus ahorros desde que partió al exilio tras el *putsch* de Pinochet en su país. Esto, gracias a la recomendación de un poeta mexicano que imitaba a Octavio Paz —cuyo nombre Aquinos no recordaba o no quiso mencionar— quien también le habló de los beneficios de la austeridad. Por ese inmueble —sencillo, como él— ofreció menos del cuarenta por ciento de su valor a uno de los impulsores de Troya. «No tengo más», le mintió. «Facundo, eres un gran amigo. Con ese dinero me alcanza para comprar una casa en Cabudare, cerca de donde vive mi mamá. Mi hija no está muy contenta, pero algún día entenderá que nos salvaste», le respondió el editor.

Fue así que Facundo Aquinos, ahora un humilde trabajador de una carnicería en el Paraíso, habitó su primer hogar a los cuarenta y dos años, en un callejón cerca del parque La Paz. Como es de suponer, no entabló amistad con ningún vecino y, cuando Hugo Chávez comenzó a liderar los sondeos para las presidenciales de 1998, tuvo la imagen de que una avalancha de mierda se llevaría todo a su paso. Solo una tormentosa relación lo mantuvo en Venezuela, la primera y única que le conoció la señora Colmenares «en todos esos años». El nombre de la «desafortunada», como ella le decía, era Carolina Bernet, nieta de inmigrantes catalanes que se asentaron en La Guaira. «Una muchacha triste. Su papá desapareció en el Caracazo luego de unirse a las turbas saqueadoras. Se lo llevaron la noche del 28 y seguro lo tiraron en la

peste», me explicó Colmenares. Si ellos convivieron como pareja fue responsabilidad de la propia Bernet. Aquinos, en más de una ocasión, había dicho que él solo compartiría su vida con la mujer que se esforzara en conquistarlo. Muchos pensaron que aquello era una excusa para ocultar una inconfesa homosexualidad. Esta tesis, además, fue alimentada luego de un supuesto desplante que le hizo Isaac Chocrón al no permitirle la entrada al estreno de *La máxima felicidad*, en 1975, aunque uno de los asistentes a ese espectáculo, el también dramaturgo Roberto Pérez León, asegura que Facundo sí vio la obra, pero que al final de la misma irrespetó al autor al cuestionar airadamente uno de los parlamentos del texto, cuando el personaje llamado Pablo se enorgullece de que se dirijan a él como señor Larousse. Según Aquinos — cuenta Pérez León—, la línea debió referir a la Real Academia Española.

A pesar de identificarse con las causas revolucionarias, Aquinos no apoyaba al movimiento de la Quinta República. Para él, su germen militar era contradictorio con las bases teóricas del marxismo. Es probable —y esta es una conjetura personal— que los mismos rostros que vistieron esos uniformes camuflados, con los que años atrás masacraron a decenas de civiles en los fallidos golpes de Estado, le recordaran a las tropas pinochetistas que lo empujaron al exilio. Aun así, poco o nada hizo para advertir a sus compañeros de trabajo que la devoción mesiánica que sentían por el que fuera presidente no llegaría a buen puerto. De hecho, tras la repentina muerte de su novia Carolina Bernet, esa «dama de turgentes pezones que punzaban las sábanas», tapiada por toneladas de lodo en el deslave de Vargas, Aquinos se convirtió en una persona de carácter todavía más taciturno y calculador, de esas que hacen horas extras sin facturarlas y que por lo general contestaba con monosílabos a cada interrogante. No recuerdo si fue en nuestro tercer o cuarto encuentro que, al hablar de su «única y certera premonición», la del alud de mierda destripando a miles de cadáveres en las costas de Vargas, confesó que esa imagen se había convertido en una pesadilla recurrente.

Los siguientes eventos que sacudieron la arena política en el país no alteraron su ritmo de trabajo hasta los sucesos de abril de 2002. Como poco o nada le importaban aquellas diatribas, decidió presentarse cada mañana en la carnicería, a pesar de que los dueños habían decidido plegarse a la huelga general. Esto motivó su posterior despido, disfrazado en una presionada renuncia, ya que una semana después del regreso de Hugo Chávez a la presidencia, tras su breve deposición, varios medios oficiales filtraron una fotografía suya, vistiendo el uniforme frente a la santamaría cerrada del local con la siguiente leyenda: «El pueblo trabajador siempre rechazó la agresión imperial». Muchos abogados, deseosos de lucrarse, le contactaron para convencerle de que era su oportunidad de demandar a la empresa y arrancarle una buena

tajada. Él se negó. Pensaba que, con sus ahorros, tenía suficiente dinero para vivir varios años y, si la situación se desesperaba, podía vender el apartamento y regresar a una pensión.

Eva Colmenares, por su parte, al enterarse del escándalo de la fotografía, buscó retomar el contacto con Aquinos. Luego de jubilarse, había regresado a su natal Mariguítar, un pueblo costero próximo al golfo de Cariaco. Ella lo invitó a pasar unos días en su casa. «Así te distraes, Facundo. Y conoces estas playas», le dijo. En ese momento, Aquinos comprobó que, en sus casi treinta años viviendo en Venezuela, sus breves estancias en el aeropuerto de Maiquetía era lo más cerca que había estado del mar Caribe. Se sintió tentado y estuvo a punto de aceptar la invitación si no hubiese sido porque otra compañera de Monte Ávila, de nombre Susana Lobo, lo llamó para ofrecerle un nuevo empleo. Tras escucharla, le hizo dos preguntas: «¿Cómo conseguiste mi número?». «Me lo dio Valdivieso, uno de los abogados que se comunicó contigo para la demanda. Él trabajó con nosotros en la editorial»; y: «¿Cuándo comienzo?». «Te voy a dar tres secciones. Ven el lunes a la oficina y hablamos». Ese día, Aquinos se presentó en la sede principal del instituto en Las Mercedes. Dos bolsas de sudor crecían debajo de sus axilas, manchando su camisa amantelada. Susana lo recibió con afecto empresarial y le preguntó si tenía experiencia docente. Con la vista clavada en el suelo dijo que no. «Qué raro», soltó ella, «yo pensé que hasta dabas clase de gestión editorial o algo así». «No, Susana. Yo solo sé corregir». «Igual, aquí no te necesitamos para asuntos de edición. Quiero que te encargues del curso de lenguaje. Ya te imprimo el programa para que conozcas los contenidos». Si al caso vamos, aquel trabajo fue un bote salvavidas para Aquinos. No solo porque finalmente pudo dar clases, uno de sus más secretos anhelos, sino que, a raíz del control cambiario impuesto en febrero de 2003 en Venezuela, la compra de divisas se convirtió, para él, en un esfuerzo titánico. Víctima de un par de estafas en el mercado paralelo, tomó la decisión de gastar, por vez primera, todo el dinero que caía en su cuenta corriente todos los quince y último de cada mes.

Lo cierto del caso es que, durante casi dos años, Aquinos se comportó como un profesor modelo, lleno de vitalidad, presto a colaborar con los estudiantes que se inscribían en sus cursos, quienes después de ser admitidos en las universidades le regalaban relojes, corbatas italianas y novelas compradas en cualquier Tecniciencia. Nadie, ni siquiera Susana, sabía que detrás de esa sonrisa afable se ocultaba una sensación de luto perenne, producto de una adolescencia perdida en el lejano Chile de los tempranos setenta, cuando cantaba feliz por las calles de Santiago las coplas de Víctor Jara. De esa vida perdida, nace la novela —inédita, a pesar de las presiones— titulada *Temores*, un texto de casi trescientas páginas que fue reducido por su autor a una simple frase, aparecida en las páginas del *Papel Literario*, como una especie de

metáfora del hundimiento, razón por la que trabajé algunos aspectos de la estética del caos en esa historia para mi investigación de grado.

En el año 2005 todo se derrumbó para Aquinos. Por pura casualidad, el año en que fui su alumno. Tras el éxito del *Falke* de Federico Vegas, Random House Mondadori decidió apostar fuertemente a favor de la literatura escrita por autores venezolanos, ejemplo que siguieron decenas de editoriales. La coyuntura política, inficionada por el autoritarismo de Chávez, necesitaba de respuestas —erradas, la mayoría— a esas polaridades. Por esa razón, la novela de Aquinos era perfecta para continuar la línea crítica al militarismo, «germen del atraso y el agrietamiento en los talones de los niños, obligados a vender conservas de coco cerca del aeropuerto», tal y como leemos en una de las frases obviadas de la versión pública de *Temores*. Al comenzar el proceso de edición del libro, varios encontronazos con uno de los correctores de la editorial, Henry Arrayago, no llegaron a los puños gracias a la intervención de Sergio Dahbar. Como esta situación no debía trascender a la opinión pública, desde la editorial concedieron a Aquinos el favor de revisar el texto una vez más, para que *pensara* en las sugerencias apuntadas en el texto. El resultado no pudo ser peor. Aquinos lo tomó como una afrenta y luego de tres semanas regresó a la editorial con un manuscrito de una página y apenas dos líneas.

La respuesta de Random House fue tajante: retiraba la oferta de edición. Semanas más tarde, Aquinos comenzó hablar sobre la revolución que quería impulsar, en una clase donde ignoró el contenido del temario. Buscaba azuzar, entre mis compañeros, una sed de revancha que no nos correspondía. Para su mala suerte, en ese curso había dos alumnos que se apropiaron de ese resentimiento. Hablamos de Rodrigo y Rubén, par de imberbes que, al saludarse, chocaban las manos con una fuerza impropia de la cortesía, como si el enrojecimiento de la piel fuera una prueba de amistad. Ellos, me enteraría después, estaban frustrados luego de haber participado en decenas de concursos literarios, donde ni siquiera figuraban entre los *accésits*. Ellos pensaban que los jurados no reconocían sus trabajos por el simple hecho de que no daban crédito a una incipiente y nobelizable calidad. En cualquier otro contexto, Aquinos hubiese asumido la voz de la razón. Pero como su intención —confesa, años más tarde— era la de «aprovecharse de un grupo de párvulos ignorantes», no le pareció tan grave apoyar los delirios de grandeza de ese par. Tal vez haya sido divertido para él, me parece, alimentar ese mundo épico como un escape a su constante soledad. «No fue difícil», agregó, soltando un largo bostezo, el hecho de convencernos de que podíamos cambiar la industria del libro en América Latina con nuestros poemas mal escritos y cuentos inverosímiles.

Para motivarnos, Aquinos aseguró ser víctima de una terrible conspiración de las «mafias editoriales», que tenían órdenes expresas de no publicar sus novelas. Recuerdo que, en solidaridad con «la mayor injusticia del campo cultural a principios de siglo», nos ofrecimos a financiar la publicación no solo de *Temores*, sino de su primera novela —que se encuentra perdida— como ejemplo para nuestra generación. Pensamos, incluso, en fotocopiar sus textos para repartirlos en el boulevard de Sabana Grande. Al principio, él estuvo de acuerdo; sin embargo, nunca entregó los manuscritos y siempre tuvo excusas, unas más rocambolescas que las otras, para no ceder el texto que iba a encabezar nuestro movimiento literario-revolucionario. (Si no lo perseguían unos *skinheads* al servicio de las editoriales, era secuestrado por el edecán de Hugo Chávez para advertirle que, si destruía las editoriales privadas en Venezuela, iba a mitigar la confrontación política, escenario que no le convenía al presidente).

Ahora bien, si algo destaco de Aquinos es que nos invitó a escribir. Pero con Rodrigo y Rubén involucrados en esta historia lo que sigue es predecible. El primero daba fe de que podía componer entre siete y veintiún poemas al día, inspirados en nimiedades, como la calva del vigilante del instituto. En vez de parar en seco estos arrebatos, insisto, Aquinos respondió que solo los verdaderos poetas, los «purasangre», eran capaces de semejantes proezas. Rubén, celoso por la condecoración, prometió entregarle a Aquinos sus «obras completas» para que las corrigiera. Con el paso de las semanas, las clases perdieron todo norte y versaron sobre estas lisuras. Entonces ocurrió lo que terminaría sentenciándolo en el instituto: el resto de estudiantes dejaron de asistir a clases. Las quejas, por supuesto, llegaron a oídos de la señora Lobo, quien no tuvo ningún reparo para despedirlo. Tras su expulsión —celebrada por Rodrigo y Rubén como un triunfo contra el sistema—, Aquinos se esfumó. «Está preparando la grande», decían ellos. Después del primer contacto telefónico que hicieron, él les dio una dirección falsa en Santa Mónica. Pensando que había sido un error al copiar el nombre del edificio o la calle lo llamaron, pero su número había sido cancelado. Lo primero que pensaron, me consta, es que la línea tenía problemas, algo que fue bastante común con la absorción de Telcel por parte de Movistar. Después, temieron por su vida, en constante peligro por la amenaza de los *skinheads* editoriales o el edecán del presidente.

Rodrigo y Rubén, en aras de salvar el movimiento, y huérfanos de padre estético, se autoproclamaron como los nuevos líderes de la *revolución aquiniana*. «Los aquinistas», como se hacían llamar, no podían dejar morir a una generación. «Te necesitamos, Lucho», me dijo Rodrigo una mañana. No sé por qué acepté, ya que desde el principio olí que algo estaba mal. Tal vez mis ganas de ser como ellos nublaron mi juicio, al ver que lo primero que hicieron fue incorporar a decenas de integrantes no

comprometidos con la causa. Esto, según Rubén, nos permitía dirigirnos —«ahora sí», enfatizaba con un Marlboro rojo bailando entre sus dedos— como un verdadero movimiento. Así conocí a estudiantes de la Metropolitana y del colegio Santiago de León, muchachas del Mater Salvatoris y uno que otro cuarentón que se presentaba como artista conceptual. Todos ellos decían que escribían, aunque la mayoría ignoraba quiénes eran los decadentistas franceses, la generación perdida estadounidense, el «boom» de la novela latinoamericana o poetas como José Antonio Ramos Sucre. Unos pocos habían escuchado hablar de Gabriel Torrelles por su trabajo en *Urbe* y *Camila*, la novia de Rubén, idolatraba a Alejandro Rebolledo.

Una vez le comenté a Rodrigo sobre estas falencias y él respondió que no importaba. «Así somos prístinos, Lucho», insistía, antes de renegar de mi suerte por haber sido contaminado en mi colegio con esos conocimientos a los que llamó «caducos». Lo cierto es que, conformado el grupo, comenzamos a reunirnos en casa de Rodrigo para supuestamente leer nuestros escritos. En más de una ocasión quedé con mis folios en mano, pues la mayor parte del tiempo era utilizado para hablar de marcas de automóviles, sobre quién se había cogido a quién en los viajes de promoción a Cancún o las diferencias en la nota que producía la marihuana que se compraba en La Floresta o en Plaza Venezuela. Yo asistí a seis o siete reuniones, hasta la noche en que Rubén me expulsó del grupo por no celebrar la lectura de un cuento que había plagiado a Julio Cortázar y que se atribuyó tras maquillar dos o tres detalles. Por fortuna —como me enteré, años después—, aquel cisma fue lo mejor que pudo ocurrirme.

Valentín una de las muchachas del Mater, era vecina de Federico Vegas. Ella le contó todo lo que sabía del movimiento, emocionada, ante las cejas en el cielo del escritor que no daban crédito a lo que escuchaba. Cuando él le preguntó si tenía una copia del famoso cuento escrito por Rubén, ése que iba a revolucionar la literatura latinoamericana, ella le dijo que sí, que casualmente había guardado el manuscrito sin que nadie se diera cuenta porque le parecía una historia muy bonita. Al día siguiente se lo entregó y mayor fue la carcajada de Vegas al constatar que estaba leyendo «Queremos tanto a Glenda», donde el nombre de la protagonista había sido cambiado por Camila. Por cosas del destino, minutos después de constatar el fraude, Vegas recibió una llamada de Carlos Sandoval. Tras contarle su descubrimiento, la voz carrasposa del crítico le dijo: «Pásame el nombre de ese carajito. Varios colegas, que han hecho las veces de jurado en los concursos, me han dicho que hay un gracioso que envía cuentos de Cortázar como suyos».

—Te habéi salvao de una grande —dijo Aquinos, la última vez que lo visité, riéndose de lo que había provocado.

—¿No le genera remordimientos, profe? —pregunté, sorbiendo un espeso y oscuro café.

—No, ¿por qué?

—Le voy a contar. El año pasado me inscribí en un taller de narrativa y uno de los compañeros presentó una versión de un relato de Hemingway como propio. El profesor se dio cuenta y dijo que hace unos años hubo un grupo de plagiadores que enviaban cuentos de Cortázar a los concursos. Todos ellos, sin excepción, fueron vetados por las editoriales venezolanas.

Tras soltar otra carcajada, Aquinos desacreditó esa tesis no sin antes relatarme que Sandoval, tras hablar con Vegas, lo llamó para saber si efectivamente él estaba metido en ese enredo. Él le dijo que no, que no nos conocía, y Sandoval procedió a enumerar, con un tono jocoso, a los «graciosos que iba a cazar».

Mi nombre, por suerte, no figuraba en esa lista.

Tras agotar el tema, Aquinos me preguntó si ya tenía tutor para mi tesis. «María Fernanda Palacios», le dije. Después de aprobar mi elección, se levantó de la mecedora y entró a su habitación. Tardó unos diez minutos que parecieron eternos y, al regresar a la sala, lo hizo con un manojo de hojas en la mano. Al entregármelo, comprobé que era una versión limpia de *Temores*.

Aquinos murió semanas antes de defender mi trabajo de grado. Al parecer, víctima de un opaco cáncer de próstata que hizo metástasis e infectó sus huesos. Gracias a un generoso artículo publicado en Prodavinci por el propio Sandoval —uno de mis jurados—, he recibido varias llamadas de editoriales independientes interesadas en el manuscrito de Aquinos. Como él no dejó instrucciones sobre qué hacer con su novela, y tampoco tuvo descendencia, conservo la única copia conocida en un sobre amarillo, al que de vez en cuando reviso para leer algunos pasajes.

A veces, lo admito, pienso en que debo fotocopiar el texto y repartirlo en el boulevard de Sabana Grande.

*Babel*²

No sé por qué rechacé su propuesta. Recuerdo que la miré a los ojos, queriendo decirle que no lo hiciera, que lo mejor era olvidarlo todo y seguir con nuestras vidas. De haber sabido lo que pasaría mi respuesta hubiese sido otra. Ahora, al ver su rostro en franelas, banners o esténciles, pienso en lo absurdo de su caso. Y quién lo iba a decir, que la flaca más alta de la Facultad, esa que le decían la jirafa, se convertiría en un símbolo contrario a lo que en buena parte de su vida defendió.

Su nombre era Ana y nos conocimos en la universidad. Para entonces yo cumplía con los patrones del buen estudiante y ella se dedicaba a la conspiración. A pesar de que casi siempre puso en riesgo las materias que inscribía, al final de cada semestre sus notas flotaban hasta el mínimo necesario para aprobarlas. Esto, me parece, gracias al manejo de una impecable retórica que no solo le hizo ganar el cariño de sus profesores —en especial, el de Agustín Silva-Díaz, quien se fascinaba con sus intervenciones en clase cada vez que discutíamos la *Paideia* de Jaeger o *El mundo de Odiseo* de Moses L. Finley—, sino granjear el desprecio de muchos de nuestros compañeros cuando ella defendía, en las asambleas estudiantiles que se organizaban en el Auditorio, la necesidad de abrazar la lucha armada y el castigo a la disidencia en toda fila revolucionaria.

El origen de esta historia se remonta a algún momento difuso del cuarto o quinto semestre. Horas antes de presentar el primer parcial de Barroco Europeo, un grupo de no menos de cincuenta estudiantes se había encadenado en la entrada de la Ciudad Universitaria. Ellos exigían hablar con las autoridades o entregarles un documento. A su vez, impedían el paso a cientos más que, exasperados, trataban de franquear el cerco humano. Ana, por supuesto, estaba allí. Desde la distancia, parecía la punta ensangrentada de una lanza, la reina de ese confuso ajedrez. La tensión fue creciendo y de un momento a otro se iniciaron los forcejeos, los insultos iban y venían, al igual que los golpes y las patadas, hasta que diez o doce de los estudiantes que demandaban entrar en la universidad empezaron a lanzar piedras contra los que bloqueaban el paso. En ese instante, tuve miedo de que lapidaran el cuerpo de Ana, de que lacerasen su rostro que a veces parecía de treinta, de que rasgasen sus largas piernas que solía imaginar como palmeras. Pero ese miedo se convirtió en pavor en el momento exacto en que unos motorizados se detuvieron cerca de la Plaza Las Tres Gracias y desde allí dispararon sus armas contra el tumulto. Luego,

² Relato merecedor de la primera mención especial en la XV edición del Premio de Cuento para Jóvenes Autores Julio Garmendia (2021).

todo fue borroso. Borroso y anárquico, y yo corrí, corrí como seguro lo hacen los locos, mientras escuchaba gritos que venían de todas partes. La mayoría se refugiaba detrás de los carros en los estacionamientos y los que pudieron se escondieron en las facultades antes de que los vigilantes cerrasen las puertas. Por mi parte, yo seguí corriendo hasta que logré escabullirme, como un atleta esquivando obstáculos, en la Parroquia Universitaria. Por allí, pensé, podía tomar el atajo que desemboca en las cercanías de la sede de postgrado, próximo al edificio donde vivía con mis padres. Subiendo las escaleras de la entrada, oculta detrás de unos geranios en el jardín del porche, con la franela sucia, jadeante, estaba Ana.

Admito que aquel episodio me superó. Incluso, me hizo sentir un temor nunca antes vivido. Por eso, le insistí que subiera al apartamento. Tienes que esconderte, le dije. Se puede decir que esa tarde nació nuestra amistad o la suficiencia de encuentros esporádicos que puedo llamar nuestra amistad.

Ciertamente, el prelude de ese encuentro no ayudó a romper el hielo tan rápido; de hecho, primero hablamos sobre algunas vetas de la política estudiantil que poco o nada me importaban. Después de almorzar —cociné una pasta que ahogamos en kétchup y queso rallado—, hablamos de temas menos espinosos como los libros que estábamos leyendo, de lo innecesario que para ella era el Departamento de Lingüística en la Escuela de Letras y de su secreta admiración por las elegías de John Donne. Al final de la tarde, cuando el sol estaba por caer, ella buscó su morral y yo le dije que si necesitaba perderse unos días podía robarle un reposo médico a mi madre. Su respuesta, precedida de un ignoto silencio, fue la de preguntarme si acaso yo era o me hacía el pendejo, que lo último que se le pasaba por la mente era huir como hacen las ratas.

Si todavía me reprocho algo fue el no haber insistido, no haberle dicho que su lucha no la llevaría a ninguna parte, que estaba siendo usada por un grupo de parásitos. Pero una especie de respeto o miedo o admiración o todas las cosas a la vez me hicieron guardar silencio. Pensé que alguien como yo, que aspira o aspiraba a ser un escritor de mediana monta, no tenía argumentos para refutar su inexorable terquedad. O, tal vez, me frenó su metro noventa y tantos de estatura desafiándome a un combate a puños en el que, con total seguridad, yo sería el perdedor.

En más de una ocasión quise invitarle a salir, sacarla de ese mundo de víboras lo suficientemente tenebroso como para hacerme correr cada vez que existía la mínima amenaza de disturbios. Sin embargo, el temor a ser rechazado en detrimento de su causa social —todavía escucho su voz recriminando mi «inconsciente confort con el neoliberalismo» cada vez que almorzaba una hamburguesa en McDonald's—

quebró cualquier tentativa de cortejarla. Eso y los quince centímetros que separaban nuestras narices y que me hacían sentir tan ridículo como un gnomo tratando de conquistar a una amazona. Este prejuicio magnificó mi sorpresa la vez que la vi agarrada de manos con Julián, quien incluso era más chaparro que yo, caminando en el boulevard de Sabana Grande como cualquier pareja corriente de la ciudad.

Por un tiempo, creo que, por razones obvias, nos distanciamos. Apenas nos saludábamos si coincidíamos en la cola del comedor o en los jardines de Tierra de Nadie, hasta que una tarde nos cruzamos en el pasillo de Ingeniería. Al verme, alzó su brazo izquierdo para que me acercara y entre sus dedos brillaba una copia de *Babel*, la película dirigida por Alejandro González Iñárritu. Tal vez, ahora que lo pienso, ella fue víctima de su propio Babel. O quizás todos los latinoamericanos lo somos. Y es que nuestro relato, este sinsentido que vivimos día a día, muchas veces supera con creces la verosimilitud de la ficción y su imperativa necesidad de orden, de cosmos sugerido por los griegos. En ese momento, por supuesto, no pensé en nada de esto; al contrario, me tomó por sorpresa que Julián no estuviese aferrado a sus brazos. Ana estaba sola, como en los viejos tiempos, luciendo su cabello rojizo completamente alisado y vistiendo un camisón en el que se delineaba el contorno de sus senos. Roberto, cómo estás, dijo, con una gran sonrisa en su rostro. Yo le dije bien, muy bien, Ana, qué me cuentas. A pesar de que mi pregunta era trivial ella no quiso responder o no consiguió palabras para hacerlo. Su silencio fue como un mejor no preguntes porque me derrumbo en mil pedazos. Yo entendí y atiné a decir qué bien te ves, Ana, y ella, contra todo pronóstico, dijo gracias, querido, tú también estás guapo, y luego me preguntó si podía acompañarla a la Biblioteca Central.

Por fortuna, cuando uno es muy joven no tiene mucho que contar, así que cruzando el corredor de la Plaza Cubierta ya me había puesto al día. Frente a una de las celosías, Ana dijo espera un momento, Roberto, y corrió en dirección a un grupo de estudiantes que se peleaban por anotar sus nombres en un listado. Allí, ante esa jauría de pobres almas, un moreno de lentes atrapó la seña que ella le hizo a la distancia y recibió su carnet por encima del bosque de cabezas que los separaba. Un par de ellos le reclamaron airadamente que habían llegado primero, pero ella ignoró la retahíla de insultos que le dedicaron y se acercó a donde yo la esperaba, sentado en el piso cerca de la Sala de Conciertos. Desplomándose a mi lado, me dijo —sin anestesia— que Julián la engañaba con alguien de Odontología. Yo guardé silencio, y tras una breve pausa me preguntó si podía creerlo, que el muy descarado se veía con ella en el pasillo de las pizarras, cerca de la FCU. O sea, que, respondí, ¡exacto!, me interrumpió, sin saber muy bien qué iba a decir, ¡cerca de la putrefacta FCU! En ese tipo de situaciones nunca he sabido qué

cosas se deben decir y le pregunté si por esa razón se iba a donde sus papás. Ana, tras lanzarme una de esas miradas asesinas que tanto me atemorizaban, insistió en que ella no era una cobarde, que ella es de las que da la cara, que se iba porque su mamá la llamó desesperada, nerviosísima, Roberto, mi papá tiene varios días desaparecido. Antes de cometer la imprudencia de preguntar si lo habían secuestrado, si acaso creían que tenía una amante o qué sé yo, ella misma precisó que su padre era militar y que sus superiores solían disponer de su tiempo, que seguro todo era por el bien de la patria y la revolución, que su mamá solía exagerar.

Al caer la tarde, el autobús de la ruta universitaria se estacionó en la calle contigua lanzando un zumbido. El chofer, al abrir las compuertas, encendió las luces delanteras iluminando parte del edificio del Rectorado. Ana fue de las últimas en subir. Al despedirse, su voz se confundió con el graznar de unas guacamayas rojizas que sobrevolaban la universidad.

Jamás pensé que nuestro próximo encuentro se dilataría por casi cuatro años. Ana, después de ese viernes, desapareció de la universidad. Perdió el semestre y consecuentemente el cupo en la Escuela. Su línea telefónica fue cancelada y por mucho tiempo me arrepentí de no haberle pedido el número de su casa. Los más de cuarenta correos electrónicos que le envié no recibieron respuesta y la gestión de su única red social, Facebook, había sido abandonada. El día que me atreví a preguntarle a Julián por el paradero de Ana su rostro empalideció y se limitó a decir que hace mucho habían terminado, que no sabía nada más de ella.

Con el pasar del tiempo creí haber olvidado a Ana. Escribí sin angustia mi tesis de licenciatura titulada *Las Novelas ejemplares de Cervantes: espejo de la literatura española del Siglo de Oro*, aprobada con mención sobresaliente gracias a las correcciones y señalamientos de mi tutora, la profesora María del Pilar Puig. Tras recibir mi título, vagué en algunos institutos preuniversitarios y colegios del este de la ciudad, hasta que emigré a la Argentina con casi tres mil dólares ahorrados y un trabajo como paseador de perros que me pagaba entre cuatro mil, cuatro mil seiscientos pesos al mes. Por otro lado, en el poco tiempo libre que tenía no fui capaz de terminar una novela en la que quería mostrar que el desarraigo era un punto de partida interminable, es decir, que nunca inicia. Además, perdí en todos los concursos de relatos en los que me inscribí (ni siquiera calificaba en los accésits). A la par de mis fracasos literarios, estaba la aparente imposibilidad de generar nuevas amistades en esa tierra. Así que para rellenar espacios daba larguísima paseos por las calles de Buenos Aires.

En una de esas caminatas tropecé con Ana en el Parque Sarmiento. Ella me reconoció de inmediato y me saludó como si hubieran pasado dos o tres días desde la última vez que nos vimos. Sus facciones reflejaban cierto carácter ausente, aunque por alguna razón me parecían más hermosas, perfectas en su más de metro noventa de estatura. Yo actué de la misma manera; me dije es mejor no hacer preguntas, Roberto, no te metas en asuntos lodosos, y con un esfuerzo de naturalidad nada natural sentí la suficiente confianza como para invitarla a tomar un café. Me encantaría, Roberto, pero estoy trabajando, ahora soy niñera, dijo, y me señaló a una pequeña que jugaba con unos setos a unos diez o quince metros. Tengo que cuidarla, tú sabes. Ah, entiendo, solté, y entonces ella dijo por qué no nos sentamos en las bancas de allá y hablamos un rato. Durante los primeros compases de la conversación quise ponerme nostálgico, recordar los días felices en la universidad. Empero, sus planes eran otros. Ana, por alguna razón, decidió contarme el episodio más álgido de su vida. Y tras un silencio si se quiere luminoso, reverberado por los rayos metálicos del sol, me dijo te debo una disculpa, tú eras de las pocas personas de las que me hubiera gustado despedirme. Es que todo sucedió tan rápido, Roberto, que no tuve oportunidad de cerrar mis ciclos. Esa palabra, salida de sus labios, me dio vuelas en la cabeza por varios días. Pero tampoco hubiese sido prudente, agregó, pude ponerte en peligro. ¿Cómo en peligro?, pregunté, y ella, tras un largo resoplido, dijo te voy a contar, Roberto, te voy a contar porque ya no me importa, porque pronto todo va a cambiar. Mis manos, al escucharla, comenzaron a sudar. En ese instante, Ana reveló que su padre siempre tuvo problemas con una facción de militares dentro de las Fuerzas Armadas que era apoyada por los cubanos; que éstos, además, lo acusaron de filtrar información del presidente a la CIA, por eso lo asesinaron, Roberto. A medida que Ana narraba las calamidades de las que fue víctima su padre sentí que sus palabras trataban de exorcizar viejos fantasmas. Su voz a veces se quebraba, fiel a la perplejidad intrínseca del relato, y ese detalle me resultó conmovedor. Ana prosiguió con su confesión y me contó que los boletines marciales (el caso no llegó a filtrarse en la prensa) sostuvieron la tesis del suicidio. Lo peor de todo fue cuando me confirmó lo que había empezado a sospechar: la última vez que nos vimos, esa noche, fue cuando se enteró que su padre había muerto. Mi mamá, como imaginarás, estaba fuera de sí, hundida en un estado catatónico. Los nervios me comían la cabeza, y bien entrada la noche apareció un tal Mike en mi casa, un gringo que aseguró tener una gran estima por mi papá. Él me entregó dos pasajes para que mi madre y yo abordáramos un vuelo hasta acá, hasta Buenos Aires. Y antes de desaparecer, nos recomendó que no habláramos con la prensa, que debíamos huir de la cacería. Sí, así lo dijo, Roberto, huir de la cacería, y finalmente desapareció. ¿Sabes?, por mucho tiempo creí que mi papá

sí estuvo involucrado en algún movimiento golpista, pero luego pienso que él era un pobre pendejo como cualquier otro, y aquel gringo hijo de puta en realidad fue enviado por los malditos cubanos. Dime, Roberto, ¿a quién no le convenía que ese caso se filtrara en la opinión pública?

Yo no sabía qué decir y más bien sentí vergüenza al comprobar lo poco que sus costumbres habían variado (ella encendía un cigarrillo a cada tanto, se rascaba los ojos como si fuera a sacárselos y movía sus piernas con desespero). Tras secarse los párpados, Ana me contó que a los casi dos años de llegar a Buenos Aires buscó la manera de contactar con varias ONG afiliadas a algo que llamó la verdadera causa democrática del Continente. Pronto viajó a Caracas, Roberto, y tú deberías acompañarme. Según ella, estaba previsto algo así como el renacer de la libertad o la primavera en Venezuela, lo que semanas después vería reseñado en la televisión como *La Salida*.

Su revelación, debo confesar, no me despertó demasiadas expectativas y, tras desestimar sus planes, nuestra conversación empezó a languidecer hasta que Ana dijo me tengo que ir, Roberto, debo llevar a la pequeña a su casa. Luego de recoger sus cosas se despidió de mí con la pícaro promesa de vernos otro día, en otro lugar, a lo mejor un café en Sabana Grande, ¿te parece?

Mientras grababa su nuevo número de teléfono en mi agenda, pensé que por fin podría tener algo con ella, que sus planes de *liberar* a Venezuela eran solo un arrebató del momento. Tal vez el registro de esa exigua sensación fue lo que me hizo sufrir como lo hice al enterarme de que Ana había sido una de las víctimas de la represión política que desató el gobierno durante esos días. Al enterarme de su muerte —al parecer, quién sabe si intencional o no, causada por una bala perdida—, una sensación de desamparo me invadió el ánimo y de golpe comprendí que la democracia, o lo que los ingenuos creíamos que era la democracia, se deshizo esos días en las calles diluida en toda la sangre que tardó varios días en borrarse del pavimento.

A veces, insisto, me pregunto qué hubiera pasado si mi respuesta hubiese sido otra. Luego, la culpa y el miedo me hacen sentir miserable, como si convaleciera de alguna enfermedad corrosiva. Otras veces, pienso que seguro Ana hacía el amor como si estuviera ausente, como si estuviera muerta, y entonces comienzo a llorar por la jirafa.